

Colegio de Nutriología de Querétaro. Querétaro. México

A PROPÓSITO DE ÁGNES HELLER, EL SER HUMANO Y LA ESFERA PÚBLICA

María Sara Moreno-Sandoval¹.

INTRODUCCIÓN

¿Cómo se construyen las vidas individuales actualmente?
¿Existen revoluciones en la vida cotidiana?
¿Cómo hacer las revoluciones?

Devenir individuo es una posibilidad y, como tal, puede (o no) ocurrir, dependiendo del grado de alienación. Entonces, ¿qué es un individuo? “(...) aquel particular para el cual su propia vida es conscientemente objeto, ya que es un ente conscientemente genérico”;¹ “(...) ofrece al particular la posibilidad de elevarse por encima de la particularidad, de elaborar una relación consciente con la genericidad*, de llegar a ser un individuo”.¹

“Yo emprendo el camino que me lleva a convertirme en individuo solamente si plasmarme a mí y a mi mundo (lo que no significa necesariamente transformar), cambiar mis facultades en objetivaciones y asumir en mí las facultades y los modos de comportamiento que se han realizado en la esfera genérica alcanzable por mí, si todo ello se convierte en mi motivación”.¹

Hablar de construcciones individuales en la cotidianidad implica hacer un repaso de esta última. ¿Cómo es nuestra actual vida cotidiana? Desde la perspectiva de la autora, la cotidianidad presente es un juego de luces y sombras, de apariencias, que conducen a figuras erradas, a imágenes, a supuestos, a engaños, sobre los cuales se forman los particulares, y los mismos, a su vez, abonan su parte al desarrollo y funcionamiento de esta vida. Si como particulares los seres humanos producen en sociedad y reproducen esta misma sociedad, ¿qué se produce y que se reproduce? “En toda sociedad hay, pues, una vida cotidiana: sin ella no hay sociedad”.²

En estos tiempos las vidas humanas son valoradas en su imagen hasta que se llevan a la pantalla (mediante la exhibición en medios, tabloides y redes sociales), como si los platós de grabación fueran más reales que la vida misma. Las redes sociales construyen nuevas realidades sobre las relaciones humanas. Ya se ha escuchado decir que redes sociales alejan a los cercanos y acercan a los lejanos. La educación es con base en manuales: se enseña qué pensar y no cómo pensar, solo a ser particulares.

* La genericidad implica la totalidad referencial. Para más detalles: Consulte: Referencia [1].

¹ Licenciada en Psicología. Maestra en Psicología Clínica.

“(…) Los hombres se han adaptado al mundo en el que han nacido, no han adquirido frente a él una actitud individual, autónoma, es decir, una actitud activa en la que se objetive la totalidad de la persona; resumiendo, no han elaborado una relación consciente (autónoma, activa) hacia la genericidad (…) Este tipo de pasividad constituye un fenómeno de alienación relacionado con la cotidianidad sólo como un hecho histórico”.¹

¿La vida cotidiana será un engaño una mera apariencia? Y si es así, ¿qué tipo de individualidad puede ser posible? La propia vida actual hace a los seres humanos creer en posibilidades y alternativas de elección y adopción de decisiones cuando en realidad los trabajos que las personas eligen, los cursos y carreras por las que optan, la ropa que compran, todo responde en realidad a estudios de mercado hechos con anterioridad, cuyos datos arrojados son de las preferencias de los consumidores y las ofertas laborales, es decir de la re-producción de la vida cotidiana. ¿Será por tanto un engaño el sentimiento de libertad en alguna decisión? Todo es (re)producido por los propios particulares.

La academia (y el término incluye a universidades, escuelas preparatorias, y escuelas técnicas, entre otras), que puede representar un espacio de construcción, de devenir en individuos, no sólo ha adoptado la visión empresarial para “vender” un producto a sus alumnos (como destino y producto), sino que, además, ha aprendido del consumismo el cómo adoptar a sus propios estudiantes como clientes, que pueden comprar los productos que ofrece su escuela. La visión consumista hace creer que todo se puede vender; y sin embargo una cosa es la que se vende y una muy diferente la que se compra. Otra vez un engaño.

Las facultades universitarias “facultan” para un trabajo, en el que se continua la cotidianidad, y de nueva cuenta se introduce en otro mundo en el que lo individual queda supeditado a las normas y lineamientos laborales, a los contratos-ley y las condiciones generales de trabajo, donde de nueva cuenta el sujeto (ahora profesional) compra (con la esperanza de la estabilidad) la idea de poder elegir la forma de llevar a cabo sus tareas, bajo estímulos de desempeño y productividad, puntualidad, asistencia, entre otros indicadores de evaluación de desempeño; a la espera de la oportunidad de que alguien vea y valore sus talentos, y le ofrezca un puesto laboral mucho mejor. Esto no solo es un engaño, sino un autoengaño. No solo se compra la idea sabiendo que eso puede ser que no ocurra nunca, sino que, además, no se quiere ver que eso puede depender más de la propia mirada (y se debe hacer notar que volcar la mirada para sí se corresponde con la autoconsciencia) que de una mirada ajena. Esto es: se espera por algo que los seres humanos no hacen por sí mismos. Es como asumirse en un papel de no visto.

Aún a quienes se les contrata en empleos donde pueden crecer, y donde ellos pueden poner sus propios límites, los “límites” ya han sido establecidos por alguien más; y los premios también. Y si bien puede llegar alguien a sentirse exitoso, esto es solo una forma (prevista) en la que puede continuar haciendo “su tarea” dentro de la gran cadena en la cual se encuentra inserto.

Por otro lado, en el mundo actual donde la información fluye en todas direcciones y a todos los niveles, las personas pueden conocer ahora mucho más sobre ciencias naturales que los antiguos griegos y, sin embargo, esto no significa que se reflexione sobre los conocimientos, que las personas sean autoconscientes. La comunicación-información sobre la ciencia, la tecnología y la innovación (por solo mencionar algunas áreas) se encuentra mediada por diferentes intereses, y por ello, solo se puede conocer de manera parcial. Los informes que se publiquen con los resultados de las investigaciones concluidas proporcionarán solo aquellos datos que son de relevancia para quien difunde la información. Lo mismo pasa con las encuestas, los sondeos, las evaluaciones de programas. Pero los números y los datos serán utilizados y presentados según convenga.

El grado de (des)humanización frente a las tragedias humanas también es un acto en que se puede caer en el (auto)engaño. Derivado de la acción mediática, la gente se entera de lo que se vive en otros lugares: desplazamientos forzados, guerras, gobiernos totalitarios, catástrofes naturales; pero su rango de acción se limita al mundo virtual: firmas electrónicas (impersonales), la compartición de notas, la expresión de emociones con grifos e íconos; esto antes de compartir qué es lo que hacen en ese momento (compitiendo por un espacio frente a otro tal vez). La reflexión no tiene lugar en los particulares. Son estas formas de engaño, como debilitamiento del sentido común, las que hacen posible un constante estado de alienación.

“(…) La esencia de la alienación de la vida cotidiana no ha de buscarse en el pensamiento o en las formas de actividad de la vida diaria, sino en la relación del individuo con estas formas de actividad, así como en su capacidad o incapacidad para jerarquizar por sí mismo estas mismas formas”.²

¿Por qué una persona particular querría esforzarse (hincharse) por devenir individual cuando puede acceder a todo sin esfuerzo? (esfuerzo no en el sentido de trabajo físico, sino como un acto de transformación, de construcción de individualidad). Y, sin embargo, no se puede decir que en la vida cotidiana no puedan darse construcciones individuales. Aquellos que se detienen a cuestionar la “verdad”, aquellos que no compran el “engaño”, que no se permiten caer en el autoengaño, que se cuestionan sobre sus propios alcances, sobre tirar de la cadena de su propio trabajo y la función que desempeñan, sobre asumir un carácter filosófico; serían quienes están en el camino de la individualidad.

“(…) El arte por sí solo no puede humanizar la vida, pero cuando se tiene la necesidad de humanizar la propia vida y la de los demás también a otros niveles- a nivel político, moral, etcétera- el arte proporciona un parámetro y cumple la función de apoyo sentimental e intelectual para operar la transformación”.¹

Lo anteriormente dicho lleva a discurrir sobre el uso de la voz (individual). El uso de la voz sin un pensamiento filosófico es solo un cantar con karaoke. Los individuos son letristas de su propio cantar. El decir, el hablar, el uso de la voz conduce decididamente a una esfera pública, allí donde lo que se enuncia queda escrito. No solo implica el cuestionarse sobre qué es la verdad, sino además compartir la duda y escuchar otras tantas voces con la misma pregunta. Compartir la palabra va más allá del discurso, de las quejas silenciosas en la vida doméstica. Hablar es revelarse a sí mismo, asumirse parte de un todo mayor, una genericidad[†].³ El discurrir y el hablar sobre la verdad en contraposición a la cotidianidad, forzosamente lleva a un espacio político, una asunción como ciudadano en un espacio plural. La voz que trasciende la necesidad va en busca de la igualdad.

[†] Siempre de acuerdo con Heller (1994): “El hombre es un ente genérico (...) El ente genérico se iguala con el ser social (...) El hombre se objetiva siempre en el interior de su propio género y para el propio género (...) El hombre tiene noticia de su propia generacidad (...) La producción es una forma fenoménica elemental de generacidad (...) La generacidad es idéntica a la sociabilidad”.

El hablar en la esfera pública, también es hacerse cargo de lo propio frente a otro, implica una renuncia a las “comodidades del silencio”, a los señalamientos, a salir del cobijo del hogar. Ciertamente es que en las condiciones actuales el hablar en la esfera pública no solo es un acto de valentía sino hasta de riesgo (en ocasiones para la familia).

La esfera pública es justamente este espacio para hacerse oír y ver, encontrarse con otros con los mismos intereses, este espacio donde pueden confluír diferentes manifestaciones, movimientos asociaciones de ciudadanos, frente a las políticas.

Las políticas y las leyes de protección son en realidad parches de las fallas que no han podido subsanarse. Si de verdad se respetaran los derechos para todas las personas, no sería necesario ningún tipo de leyes de protección. Por otro lado, justamente los grupos “vulnerables” (que no comunidades y a veces los excluidos de éstas) son en muchas ocasiones los que se quedan sin voz.

La parte de la política que representa poder, compromiso, nepotismo y lucro, se ha extendido a otros escenarios como la academia y los espacios laborales, cuando debería ser a la inversa: que los trabajadores y los académicos formaran parte activa de la esfera pública, dar forma a la *polis*, compartir su “verdad” allí donde otro la puede oír.

“Si mi nación no ha cumplido ninguna acción genérica especial, el orgullo nacional no es más que una prolongación de la particularidad”.¹

Cuando la clase política dominante (dirigente) como tal ha dejado de ser representativa en un sistema de gobierno que dice serlo, la verdad no está allí, está en otro lado, en los individuos. Las movilizaciones, independientemente de la naturaleza, buscan justamente este espacio. La cuestión es que no todos los que participan en ella tienen autoconciencia. Para muchos de los que participan en estas movilizaciones, estas acciones son parte de su “trabajo”, de su vida cotidiana; y no implican un acto real de revolución.

Por último, es lícito hablar de revoluciones. En Física, una revolución es un giro de 360° sobre el mismo eje para volver al punto de partida en estricto sentido. Este tipo de revoluciones son las que han venido ocurriendo en el mundo en los últimos tiempos: se sale de un esquema para entrar a otro acarreado las desigualdades. Tampoco un giro de 180° garantiza nada, salvo darle la razón a la parte contraria.

El acto revolucionario debería ser visto como un giro en espiral, una trascendencia, un continuo devenir; o bien una re-evolución, un cambio, un movimiento, un cambio de lugar, un asumirse de diferente forma.

Los movimientos sociales han implicado estas posibilidades: la identificación con el otro, el hacer visible las frustraciones, los deseos, la repugnancia, el desconcierto, los desacuerdos, la fragilidad de los propios asuntos humanos. Visibilizar es aportar una verdad de hecho. Las “verdades” (o las mentiras) pueden ser refutables, pero las verdades factuales no.

“Toda individualidad está caracterizada por una específica imagen moral reflexionada y elaborada autónomamente”.¹

Los actos de revolución en la vida cotidiana ocurren cuando los individuos aportan estas verdades. Hacer las revoluciones depende, no del tamaño de los movimientos sociales, sino de los individuos que participan en ellas.

¿Cómo hacer una revolución? No hay receta ni estrategia. Sin embargo, los diferentes actores sociales están tratando de hacer sus propias revoluciones. Quien levanta la mano no es sino para señalar lo que el otro hace mal, y que él puede hacer mejor. Los que señalan a otros proponen cambios, buscan diferencias, pero ello por sí mismo no significa una revolución.

Una revolución infunde miedo a la comodidad. Una revolución implica cambiar la manera de pensar, de hablar (y por lo tanto de comprometerse). Las figuras humanas presentadas como líderes deben dar suficiente confianza para que quienes le siguen pierdan el temor. Pasar de una comodidad a otra no tiene caso. No importe lo que se compre. Lo que se vende es comodidad, pero todo tiene un costo.

La renuncia a la comodidad y la ilusión (eterna) de las personas de cumplir antojos y deseos, la renuncia a la seguridad en satisfacer (cubrir) las necesidades implican una revolución. Una revolución tiene necesariamente (por fuerza) que cambiar la vida cotidiana de personas y sociedades.

Pero es de esta misma vida cotidiana de donde los particulares han devenir individuos. Cabría entonces una pregunta última: “Si la vida cotidiana viene necesariamente alienada o, lo que es igual, si resulta posible una reestructuración radical de la vida cotidiana que no imponga una pérdida de la continuidad de su estructura básica”,² ¿cómo podría ser una revolución?

“En tiempos de engaño universal, decir la verdad se convierte en un acto revolucionario”

(“In times of universal deceit, telling the truth will be a revolutionary act”)

George Orwell (1903 – †1950)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Heller A. La sociedad de la vida cotidiana. Ediciones Península. Barcelona: 1994.
2. Heller A. La revolución de la vida cotidiana. Ediciones Península. Barcelona: 1998.
3. Arendt H. The human condition. University of Chicago Press. Chicago [Illinois]: 2013.